

Crítica de libros

MOUNIER, Emmanuel: *Écrits sur le personalisme*. (Escritos sobre el personalismo). Seuil, Paris, 2000. 396 pp.

Puede parecer muy lógico comenzar preguntando qué es el personalismo. Pero, en el presente caso, es más lógico preguntar cómo lo entendiera Mounier. Porque se evitarían ya así no pocas discusiones o polémicas sobre dicho concepto. Pues bien, al precisar el sentido de dicho término, categóricamente declara Mounier que, «en cuanto de él depende, el personalismo no será jamás un sistema ni una máquina política» (p. 311). Que no sea un sistema, no quiere decir que no sea una filosofía, susceptible por tanto de una cierta sistematización conceptual. Lo dice expresamente nuestro autor: «El personalismo no es un sistema; es una filosofía, no solamente una actitud. Por lo que no rehuye la sistematización» (E. MOUNIER, *Le personalisme*, Presses Universitaires de France, Paris 1965, 6).

Si adopta este término, por lo «cómodo» que le resulta, no es sino para «designar una determinada perspectiva de los problemas humanos y para acentuar, en la solución a la crisis del siglo XX, ciertas exigencias no siempre tenidas como valores» (*Écrits...*, 311). No se es personalista, sigue diciendo Mounier, por el simple hecho de dar de mano a fidelidades anteriores o a puntos de vista prácticos por los que se optó en la solución a problemas de orden igualmente práctico. Según Mounier, se puede ser cristiano y personalista, socialista y personalista; incluso, comunista y personalista mientras ser comunista no contradiga una serie de valores fundamentales, que se irán poniendo de relieve. Lo que persiguen estos Escritos es prestar una ayuda al pensamiento y a la creatividad, no precisamente protegerse ante lo que pueden ser unas instancias del mundo (Cf pp. 311-312).

Nadie ignora las reservas, incluso las repugnancias, de las nuevas generaciones a utilizar el término «personalismo». En su interesante y clarificador prólogo a estos Escritos, trata ya Paul Ricoeur de comprender y explicar tales reservas y repugnancias. Pero lamentando, al mismo tiempo, «le choix malheureux» (p. 7) que el fundador del movimiento *Esprit* hiciera de un término en «ismo», en competencia, para colmo, como otros «ismos», que no se revelan hoy sino como simples fantasmas conceptuales.

El mismo Mounier fue ya plenamente consciente de la vulnerabilidad del término por sus equívocos internos y externos. Y, de hecho, en el último capítulo de estos Escritos: «Qué es el personalismo?» (pp. 366-380), se esfuerza en rechazar tales equívocos *del* personalismo que no son más que equívocos *sobre* el personalismo.

Para eliminar reservas, repugnancias y equívocos, Ricoeur aboga por un dar *muerte al personalismo* —dando a tal expresión, claro está, el valor que se da a un hecho simplemente cultural— para que sea la *persona* real y existencial el núcleo de la reflexión. Pero es, curiosamente, ni más ni menos lo que intuía y hasta deseaba el propio Mounier, al decir que la suerte mejor que podía correr el personalismo era que, tras haber despertado en muchos el sentido total del ser humano, desapareciera sin dejar huella de sí (cf p. 312). Porque lo que pretende y persigue el personalismo «no es defender las cristalizaciones adquiridas, aun cuando se hayan formado en torno a un valor espiritual, ya que se expondría así al pánico de la rutina», sino «llevar al hombre entero hasta lo más eterno de sí mismo» (p. 380).

Lo que a Mounier le interesa y le preocupa es, pues, la persona humana en toda su realidad viva y existencial, como «un absoluto que es con respecto a toda otra realidad material o social, incluso con respecto a otra persona humana» (p. 68; cf p. 76). La persona humana y su defensa frente a cualquier tipo de crisis que pueda afectarla: eso es lo que Mounier pone como núcleo del término «personalismo». Porque ¿cómo hablar de la persona sin el soporte del personalismo? Haciéndose cargo de la pregunta, y buscando su alternativa al término en cuestión, el citado Ricoeur apunta como respuesta única el dar un estatuto epistemológico apropiado a lo que él denomina, con Eric Weil, una «actitud» (p. 10). Aun reconociendo que el personalismo no es tampoco una «actitud», ¿no sería el mismo Mounier quien optara hoy por tal alternativa? En efecto, aun reconociendo no ser la persona «susceptible de definición rigurosa» (p. 68), sí la declara susceptible de «una suficientemente rigurosa designación para el fin que aquí se propone» (p. 67): «Una persona es un ser espiritual constituido como tal por una manera de subsistencia y de independencia en su ser; mantiene dicha subsistencia por su adhesión a una jerarquía de valores libremente adoptados, asimilados y vividos a través de un compromiso responsable y una constante conversión; con lo que la persona unifica así toda su actividad en la libertad y desarrolla por acrecentamiento, a golpes de actos creadores, la singularidad de su vocación» (p. 67). ¿No daría tal «designación» de la persona fundamento para ese postulado estatuto epistemológico de la «actitud» desde la que poder hablar de dicha persona sin el soporte del personalismo?

M. Díez Presa

AA. Vv.: *La actitud ilustrada*. Eduardo Bello y Antonio Rivera editores. Biblioteca Valenciana, Valencia, 2002. 240 pp.

Bien cabe, aquí, comenzar preguntando qué es la Ilustración, por lo que la respuesta tiene de reflejo en estos estudios. Y, según Foucault, es un determinado modo de relación —una actitud— con nuestro presente. Tal es el punto de partida de los artículos recogidos en este libro. La pregunta: ¿qué es la *actitud ilustrada*?, viene, a su vez, a constituir el hilo conductor de la mirada hacia nuestro pasado cultural europeo y español, sin el que no llegaríamos a comprender las raíces de nuestro presente. La pregunta puede traducirse así: ¿crisis de modernidad y, por lo tanto, crisis del pensamiento ilustrado? Así planteado el problema, y no como tesis del fin de la modernidad (Vattimo) y del proyecto ilustrado (Lyotard), la consecuencia más lógica es buscar una respuesta con características de paciente investigación y de sereno debate.

Los trabajos de este libro son otras tantas expresiones de lo uno y de lo otro, por lo que tienen de investigación y por lo que tienen de debate. Sus autores no los han escrito al azar; son el resultado de su experiencia investigadora, si bien desde una particular perspectiva.

Dos características, entre otras, constituyen el hilo conductor de todos ellos. Por una parte, todos adoptan como supuesto la tesis de Foucault según la cual la *Ilustración* puede interpretarse más como *actitud* que como etapa histórica. Y, por tanto, cada uno de ellos enfoca dicha actitud desde una determinada sección del saber en el siglo XVIII.

En la *actitud ilustrada* se analiza, pues, lo ocurrido en el complejo acontecimiento histórico de la Ilustración, que no ha dejado de afectar ni al saber ni a las cuestiones fundamentales de la existencia humana. ¿Qué es el poder, la moral, el derecho, la religión? ¿Qué es la ciencia, la historia, la literatura? El libro se estructura, pues, en tres bloques. En el primero se analizan esos valores que constituyen el ámbito de la razón práctica, siguiendo la indicación kantiana de su primacía, además de su clara interrelación. El segundo, bajo el epígrafe «Ilustración y ciencias», agrupa una perspectiva de la ciencia propiamente tal, así como correlativas aproximaciones a la historia y a la literatura. Y el tercero reúne los estudios sobre la actitud ilustrada en el pensamiento español.

Aunque no tienen pretensión de definitividad o exhaustividad, sino de investigación abierta, bien pueden considerarse estos trabajos una altamente significativa muestra de lo que se han propuesto, si se tiene en cuenta tanto los saberes seleccionados como los autores que abordan sus respectivos temas. Especialistas en la materia, los autores no comparten siempre las mismas premisas. Que todos analicen la *actitud ilustrada* en un determinado espacio del saber no significa que todos estén igualmente a favor o igualmente en contra del alcance del pensamiento ilustrado.

Eso sí: en todos subyace la misma preocupación: ¿qué ha sucedido con el saber desde el siglo XVIII? ¿Se ha liberado el potencial del conocimiento de supuestos inhibidores, para mejorar las condiciones de la existencia humana, como sostiene, por ejemplo, Habermas? ¿O más bien — en opinión de Lyotard— el saber sólo ha contribuido a fundamentar el sistema de mercado y de poder, cuando no a generar los dramas más horribles de la humanidad? Si tiene razón Habermas, ¿en qué punto o encrucijada de la historia se ha «extraviado» el objetivo asignado al saber para los pensadores ilustrados? ¿O es que se ha definido imprecisa, tal vez fatalmente, la finalidad del saber? ¿Existe relación de causalidad directa y expresa entre el siglo de las luces, el siglo de los saberes, el siglo XX? Los trabajos aquí recogidos tal vez no aporten todas las respuestas a tales interrogantes. Pero sí se pueden descubrir en ellos múltiples vías de indagación, que es ya algo muy importante y muy orientador.

M. Díez Presa

FERRER, Urbano: *¿Qué significa ser persona?* Ediciones Palabra, Madrid, 2002.

Tratar acerca de la persona en los tiempos postmodernos de disolución del sujeto es un gran mérito; pero mayor mérito es obtener una síntesis de múltiples perspectivas, mediante aportaciones originales capaces de ir al fondo de los auténticos problemas. Esto es logrado por Urbano Ferrer, que utiliza las contribuciones de autores procedentes de tradiciones muy distintas, como Husserl, Scheler, Parsons, Zubiri, Habermas, Spaemann, Schutz, Taylor, Stein, Pfänder, Hildebrand, Kant, Fichte... A partir de ellas, muestra con rigor que la persona ha de entenderse como un dinamismo interno, que mantiene su identidad en el tiempo. Pero añade que esta tesis -la más opuesta a la postmodernidad- no nos puede llevar a un individualismo, en el que la persona carezca de dimensión social: "*El problema conceptual está, pues, en cómo insertar la relación en la realidad singularizada de un modo preeminente que es la persona*" (p.174).

En la primera parte acierta, sin duda, U. Ferrer al utilizar la fenomenología para pasar del "yo" trascendental a la "persona". En el Husserl maduro, el yo como vacío polo de identidad deja paso a los hábitos y motivaciones de la persona; y la mejor continuación de estas iniciales descripciones fenomenológicas la encontramos en el personalismo de Scheler, que U. Ferrer conoce bien. Por otro lado, y ya para tratar la cuestión de la relación y no del individuo, el autor utiliza la ciencia social postweberiana (pero críticamente, es decir, manteniendo una identi-

dad pre-sociológica). Para terminar, en el difícil problema de la identidad personal, introduce una serie de factores relacionales necesarios para la identidad: en primer lugar, el cuerpo, pero también -siguiendo a Taylor- lo público, la historia, el lenguaje y la cultura.

En la segunda parte del libro, se trata de sistematizar los datos ya expuestos, y para ello es imprescindible hacer una aportación personal, pues las múltiples descripciones fenomenológicas y sociológicas no son fáciles de armonizar entre sí. Ferrer expone las notas que caracterizan a la persona, y para introducir en ella la relación sostiene que “en el individuo-persona está incluida la alteridad como un hábito entitativo” (p.224), con lo cual se abre el paso a la dimensión social y política. El aspecto relacional de la persona lo estudia, en primer lugar, como acción y libertad (en el tema de la libertad recurre a los escritos póstumos de Scheler y muestra certeramente que su insuficiencia reside en la falta de enlace con el tema de los hábitos). En segundo lugar, estudia distintos tipos de comunidad: familia, nación y Estado.

Por último, en la tercera parte, hace un enfoque moral de la persona a través de la noción de responsabilidad (para conmigo mismo y para con los otros en tanto que personas) y del prometer. Y acaba el autor mostrando la “dignidad ontológica” de toda persona, que hace posible su mayor o menor “dignificación moral”. Sostiene que todo hombre es persona, apelando a la “coimplicación entre naturaleza y persona”. El hombre es digno en tanto que persona, mas, a su vez, los comportamientos en los que se patentiza su dignidad han de serlo “según su naturaleza”. Pero creo que esto remite finalmente al difícil problema mente-cuerpo: ¿en qué sentido la naturaleza (que tiene que ver sobre todo con el cuerpo) coimplica la persona (que pertenece ya claramente al ámbito del espíritu)? Si se sostiene una unidad total entre el cuerpo y la mente, ¿por qué no considerar al cuerpo como donador primario de identidad, en lugar de como un factor relacional necesario para la identidad -que queda al mismo nivel que lo público, la historia, el lenguaje y la cultura?

Pilar Fernández Beites

MARINA, José A. y PRECIADO, Nativel: *Hablemos de la vida*. Temas de Hoy, Madrid, 2002.

En este reciente libro, José A. Marina, en sosegado y placentero diálogo (no hay nada más filosófico) en el jardín de su casa con la periodista Nativel Preciado, impenitente e inteligente inquiridora, va desgranando matizando, sintetizando en un lenguaje claro y sencillo, pero siempre riguroso, una gran parte de las ideas y pensamientos que ha

ido sembrando en las páginas de cada uno de sus anteriores libros a lo largo de estos diez últimos años.

Palabras como inteligencia, sentimiento, Dios, ingenio, lenguaje, voluntad, amor, dignidad, libertad vuelven a escena, cargadas, como siempre, de hondura, belleza y precisión en un estilo transparente y diáfano. Nativel Preciado, que se pasa la vida “buscando gente que merezca la pena”, no podía dejar, dice ella, “un ejemplar como el prof. Marina”. La ambición suprema de todo ser humano, una vez satisfechas sus necesidades más elementales, “debería ser algo parecido a establecer una buena relación con las personas que le rodean y evitar a los que pretenden agredirlo; no claudicar, decir la verdad, no fingir afectos, sino tenerlos, y estar abierto a escuchar a todo aquél que tiene una historia digna que contarle”. Ese parece ser para la periodista el retrato perfecto del ensayista y filósofo, “su maestro en su madurez”.

Con este objetivo de recreación, recuerdo y afirmación de planteamientos y enfoques, nos dice Nativel Preciado que pretende contemplar una parte de la vida a través de la mirada inteligente del filósofo: “He disparado preguntas a bocajarro con el fin de encontrar en sus respuestas un método para limitar el poder del destino, huir de falsos prestigios, recobrar el esfuerzo y la voluntad y encontrar personas que nos den ánimo”.

Habla de José A. Marina como “una de las personas más envidiables del mundo, porque ha sabido multiplicar sus talentos y hacer buen uso del poder”. El poderoso más importante es el que dispone de facilidad, tiempo, lugar para hacer lo que viene en gana, siempre que utilice esa libertad para evitar la confusión, la ansiedad y el malestar. “Doy por supuesto que las apetencias del filósofo son dignas y emplea lo mejor posible su potestad”.

Empiezan evocando el libro *Elogio y refutación de ingenio*, en el que José A. Marina nos recuerda, entre otras muchas cosas, que “hablar en serio puede resultar muy aburrido, pero tratar con alguien que no habla nunca en serio puede despertar ideas asesinas”, que “la transgresión no es ingeniosa ni creadora”, que “los valores atan, pero la ausencia de valores lleva a la desesperación y al crimen”, que “hay que tomar en serio las pocas cosas importantes que hay en la vida”, que “después de la lucha por la igualdad debemos ahora empeñarnos en la lucha por la distinción y exigencia”, que “necesitamos admirar la grandeza verdadera, que es, sin duda, la grandeza ética”.

Hablan luego de la Teoría de la inteligencia creadora, y allí encontramos pensamientos como éstos: “Uno se puede pasar de listo, pero nunca de inteligente”. O éstos otros que encierran toda una filosofía ‘ultra-moderna’: “El máximo grado de la inteligencia es la bondad”. Una afirmación que suena muy extraña, porque la maldad goza de un presti-

gio intelectual que no merece. “La inteligencia no es una facultad dirigida sólo a conocer, sino a dirigir la acción: su meta es permitirnos encontrar una buena salida a la situación en que estamos”. *La inteligencia tiene como gran proyecto: la felicidad subjetiva y objetiva.*

En su libro *Ética para naufragos* nos recuerda José A. Marina que “nacemos sometidos, débiles e impotentes, que debemos contar con las circunstancias y la suerte, que la miseria, la enfermedad, la ignorancia, el dogmatismo, la tiranía, la falta de control personal son graves obstáculos que debemos superar, pero justamente la libertad consiste en limitar el poder del destino en un proceso continuo de liberación y autonomía”. Las normas éticas son las mejores soluciones que la inteligencia ha inventado para facilitar nuestra felicidad personal y la dignidad de la convivencia.

“A la gente le gusta sentir. Sea lo que sea”. Así comienza *El laberinto sentimental*. La cultura occidental, dice el ensayista castellano, “ha fomentado los sentimientos centrados en el YO (autoestima, autosuficiencia, orgullo, independencia), y, en cambio, las culturas orientales han favorecido más los sentimientos de relación (el afecto, la dependencia, la solidaridad, también la sumisión)”. Los sentimientos evalúan cómo van nuestros proyectos o deseos, y son un balance de nuestra situación personal; al cambiar irremediamente la situación, también cambian los sentimientos. Por eso, hay que estar preparados y educados. “Se puede decir que son negativos los sentimientos que anulan la libertad, que provocan comportamientos indeseables, y aquéllos que no son adecuados al valor presente”.

Otro de los libros más impactantes ha sido *El misterio de la voluntad perdida*. El esfuerzo, asegura Marina, no está de moda, y sin embargo “la voluntad es la dirección inteligente de los impulsos, y sin ella vamos a la deriva”. Muchas veces se ridiculiza el esfuerzo, siendo así que la pereza es la gran enemiga de la voluntad y convierte a los hombres en seres pusilánimes y débiles. Hoy día hay padres que prefieren que sus hijos sean ignorantes a voluntariosos y trabajadores. Se llega a defender hoy algo que no tiene ‘ni pies ni cabeza’: “Una libertad sin voluntad”. Hay que comprender que “la voluntad es el modo inteligente de dirigir el comportamiento, es la inteligencia aplicada a la motivación”. No nacemos libres por naturaleza, sino más bien impotentes y sometidos. El niño depende absolutamente de los demás y todo el proceso educativo consiste precisamente en ir liberándose de ciertas coacciones y limitaciones. Para el ensayista, la palabra “liberación” es más exacta que la palabra “libertad”.

En *La selva del lenguaje* podemos leer que “hay muchas personas que no saben expresar sus propios sentimientos”, y es verdaderamente dramático el que, en muchas ocasiones, no seamos capaces de com-

prender, ni que nos comprendan. Hay que internarnos por el intrincado camino del lenguaje para poder vivir. “La incomunicación es el fracaso del lenguaje, de la inteligencia y de la vida, por lo que necesitamos paciencia para hacernos entender y que nos entiendan”. El lenguaje es una compleja maraña en la que el autor quiere que nos sepamos mover para que así aprendamos a expresar con precisión y belleza nuestros pensamientos y emociones. “Hemos llegado a desarrollar a través del tiempo nuestra inteligencia mediante el lenguaje”. Él es un invento social que se creó para la interacción y se mejoró en la interacción. Sin embargo, es lamentable cómo se ha empobrecido, cómo nuestros jóvenes, movidos por una gran pereza expresiva y por un pragmatismo mal entendido, están destrozando el lenguaje, y cómo las tecnologías han contribuido a ello gravemente.

En el *Diccionario de los sentimientos*, obra escrita con Marisa López Penas, el Prof. Marina habla del lenguaje sentimental, aquél que pretende encontrar las respuestas que tanto nos interesan para saber entender la vida, y que encierra un inmenso caudal de información sobre lo más íntimo del ser humano. El lenguaje de los sentimientos, elaborado a través de los siglos, nos muestra las palabras más inteligentes, aquellas que la sabiduría popular ha ido creando con la debida lentitud. Escribe Marina que “es más útil analizar y valorar los sentimientos positivos que los negativos”. En ocasiones confundimos el placer con la alegría, pero son dos sentimientos diferentes. “Necesitamos evitar las situaciones desagradables, las depresiones, siendo la actividad una excelente terapia”. Muchas veces luchamos más “por eludir el malestar que por mantener el bienestar”. Los gorriones, los vividores, los zafios, los mentirosos y los que trampean son los que “polucionan” el ambiente ético, son “agentes contaminantes” que deben ir desapareciendo: “Al final la bondad triunfará sobre la maldad”.

En *Crónicas de la Ultramodernidad* (recopilación de sus artículos periodísticos), dice Nativel Preciado que es como si el autor pretendiera, ante los complejíssimos problemas que la vida contemporánea nos va poniendo delante, proponemos una “cultura nueva”, un mensaje ético, un estilo de pensamiento que nos pudiese facilitar las respuestas adecuadas para no perdernos en la vorágine, para poder integrar con sentido tanto saber disperso. “Es malo”, escribe J. A. Marina, “que el poder esté en manos de malas personas”, y siempre hay que desconfiar de los poderosos que se rodean de personas mediocres, débiles atemorizadas. En nuestro mundo, “los predicadores de la simpleza y de la necesidad pueden encumbrar a los infames”, porque mucha gente prefiere vivir en un mundo de basura, de indecencia. Sin embargo, nos alienta el profesor: “Hay pequeñas maravillas en el mundo que debemos aprender a contemplar (‘estética zoom’ que amplía y enmarca pequeñas bellezas

casi invisibles)... Hay que adecentar el mundo, ampliar las posibilidades de los demás, y tener siempre un proyecto de vida animoso, creador e interesante”.

Con la profesora María de la Válgoma ha escrito J. A. Marina un libro didáctico y ejemplar, *La lucha por la dignidad*, un relato sobre la historia de las libertades, una teoría sobre la felicidad política, en donde aparecen el origen y el alcance de todos los movimientos de liberación que han luchado, por una parte, contra las lacras humillaciones, injusticias que han ido tiñendo la historia de la humanidad de sangre y de miseria, y, por otra, han trabajado con coraje por la espinosa conquista de los *Derechos Humanos Universales*. Se dice allí que “necesitamos una mayoría ilustrada” que elimine los terrores y los miedos irracionales. En la portada del siglo XXI “tenemos los medios necesarios para erradicar la pobreza; sólo nos falta la voluntad ética de hacerlo”.

Los científicos y filósofos, escribe Nativel Preciado, “hablan, últimamente, mucho de Dios”. Cada vez hay más gente que piensa que en esta sociedad aparentemente desacralizada “se afianza una nueva forma de espiritualidad más próxima a Oriente que a Occidente”. No existe ningún argumento científico, dice Marina, capaz de explicar nuestras ansias de eternidad. En el libro *Dictamen sobre Dios*, que es el que ahora estamos comentando, cita el profesor al gran físico Schrödinger cuando éste expresa que “la ciencia no sabe nada de lo bello o de lo feo, de lo bueno o de lo malo, de Dios y la eternidad. La ciencia es incapaz de explicar mínimamente por qué la música puede deleitarnos”.

Es imposible, nos recuerda el autor, “prescindir de la irracionalidad que todos llevamos dentro y que nos impulsa a plantear las eternas preguntas sin respuesta”. Ha pasado para Marina la época del ‘ateísmo militante’. Hoy día, en muchos sectores de la sociedad, se está extendiendo una credibilidad insensata, pero, sin embargo, “también hay formas inteligentes de ser religioso”. Por otra parte, la ciencia “se ha vuelto muy ramplona y finge más certezas de las que tiene”.

En tiempos de vértigo y de caos, parece que cada vez confluyen más la ciencia, la filosofía, el arte, y la religión como *experiencias diferentes*, como perspectivas distintas, *no contradictorias*, de aproximación a la realidad en todas sus dimensiones. El que una vida intelectual tenga que ser crítica, “no significa que tenga que ser atea”. Nuestra inteligencia es más amplia que la realidad experimentada y no se conforma con ella: *Por eso busca y se abre a la Trascendencia*. Como decía el Premio Nobel Severo Ochoa, “la ciencia explica *cómo* es la realidad, pero no tiene nada que decir acerca de la *existencia* de esa realidad, ni de su posible *sentido*”.

En realidad, si observamos bien, la mayoría de las religiones (no los fanatismos derivados tristemente de ellas) “defienden criterios de con-

ducta muy similares: Estamos aquí para ayudar a los demás y no para hacer daño... El amor es la fuerza esencial de la vida". Naturalmente que la única crítica que se puede hacer a la religión es "cuando se enfrenta a las verdades éticas y quiere universalizar sus principios y leyes frente a una ética racional universal". El único 'puente virtual' para llegar al sentimiento religioso, proclama Marina, es llevar una vida "éticamente buena". Cuando las Bienaventuranzas dicen: "Bienaventurados los limpios de corazón, porque ellos verán a Dios", están diciendo "algo muy comprensible para mí", manifiesta Marina.

En definitiva, en toda la obra del profesor toledano se escucha la misma melodía de fondo, el mismo rumor de esperanza: La inteligencia, a la que el llama 'ultramoderna', se debe ocupar de lo individual y de lo universal, "del hecho y del sentimiento, de la ciencia y de la poesía, del conocimiento y de la acción". Por eso puede decir que el gran objetivo de esta *inteligencia ética*, integral e interdisciplinar, "no puede ser el simple conocimiento, sino la felicidad del ser humano".

José L. Rozalén Medina

PADILLA NOVOA, Manuel: *Técnicas de persuasión en la televisión*. Ediciones del Laberinto, Madrid, 2002. Colección Hermes Didáctica, nº 21.

La televisión se ha convertido desde la segunda mitad del S. XX en el medio de comunicación más importante de nuestro tiempo y en el medio más popular para ver lo que pasa en el mundo real, a través, paradójicamente, de un "mundo virtual" que mediatiza nuestra visión del mundo, en función de poderosos intereses económicos y políticos. Este invento constituye, desde el punto epistemológico, un proceso fundamental en la construcción de la realidad. La televisión es la ventana de la realidad. Su influencia es decisiva para el bien o para el mal de la humanidad, incluso para los que hacen gala de no verla nunca. Por todo ello, tiene una importancia vital la obra póstuma de Manolo Padilla.

El fenómeno televisivo se ha convertido en "*una fuerza desordenada que amenaza la integridad física y psíquica, para amenazar, con fines de dominación o de destrucción de la humanidad del individuo (de la persona) -ABC,1-12-02-*", esta es una de las conclusiones del informe que, para analizar la influencia perversa de la televisión en los niños, jóvenes y adultos, encargó el presidente francés J. Chirac a la filósofa y jurista Blandine Kriegel, que dirigió un equipo de investigadores, profesores, juristas, pedagogos, psicólogos, periodistas, historiadores y escritores, dado el consumo indiscriminado de violencia y pornografía

en amplios sectores sociales. La actualidad de las “*Técnicas de persuasión en la televisión*” cobra una dimensión filosófica de futuro.

“*La televisión cobra cada vez más importancia como agente de socialización, en franca competencia con el papel que desempeñan los padres y la escuela, pues se ha convertido en nuestra principal fuente de aprendizaje en cuanto a estética, valores e ideales políticos. Por eso conviene que nos acerquemos a ella con ojo crítico y averigüemos hasta qué punto es capaz de modelar nuestra mente y de marcar las pautas de nuestro comportamiento*”. M. Padilla dice que hay quien ve en la televisión el auténtico “opio del pueblo”. “*Sexo y violencia son los incentivos con los que se atrapa al futuro comprador de un coche o de una lavadora*”. Un año dedicó a redactar el resultado de sus investigaciones, gracias a una licencia de estudios, que dieron como fruto el excelente trabajo de este “unamuniano” catedrático de filosofía de instituto, que observó durante centenares de horas la “caja tonta”, y que, en múltiples ocasiones, contrastó con sus alumnos la objetividad de sus conclusiones.

El libro se estructura en once capítulos que tienen todos sentido en sí mismos, todos ellos ilustrados con ejemplos de anuncios y programas de todos conocidos, incluyendo aspectos muy interesantes para los que hemos vivido desde la década de los sesenta la evolución progresiva de la televisión y su impacto social, cultural, económico y político. También se insertan en el último capítulo los problemas de los vecinos en la aldea global que vivimos y la influencia de internet. Un gran acierto de la obra, que la hace asequible para estudiantes de bachillerato tanto de la asignatura de filosofía como de la optativa de psicología, es la inclusión de un vocabulario básico que facilita la comprensión del libro, también muy útil para estudiantes de Ciencias de la Información. La obra se completa además, con una amplia bibliografía actualizada sobre el tema.

En el enfoque filosófico del libro se constata la validez objetiva de muchas categorías del psicoanálisis y de las distintas corrientes de la psicología contemporánea: sensación, percepción –umbrales, leyes, fondo y forma- inconsciente, simbología onírica, eros y thánatos, desplazamiento de la agresividad, mecanismo de defensa, estímulo-respuesta, teoría bi-etápica, la fuerza de los motivos, la presión social y muy acertadamente un capítulo al humor como técnica de persuasión, que conforman el *pensamiento asociativo o primario, tan decisivo hoy, frente al pensamiento racional*. La obra se lee de un tirón, porque está escrita con la sencillez y la amenidad que caracteriza a los sabios, que transmiten lo que *sienten con el corazón*, como los “*Pensamientos*” de Pascal que aderezan todo el texto, desde la publicidad de Coca Cola a la de la cajetilla de Camel, o las observaciones sobre “Gran Hermano”. ¡Quién iba a imaginar que “1984” de George Orwell, que recomendábamos a nuestros alumnos hace años, tuviera la vigencia que tiene hoy!.

Manolo Padilla no se olvida del séptimo arte de Hitchcock, una enciclopedia práctica de psicología, esa fuente de aprendizaje que son sus películas.

Me parece admirable la capacidad del autor para poner en movimiento a toda la historia de la filosofía para explicar sus reflexiones, desde los diálogos de Platón, la poética de Aristóteles hasta S. Agustín y Sto. Tomás. Menciona tanto a humanistas del Renacimiento como a empiristas ingleses, Locke, Hume y Berkeley, racionalistas como Descartes o Leibniz, científicos como Newton e idealistas como Kant. En la edad contemporánea irracionalistas como Schopenhauer, Kierkëgaard o Miguel de Unamuno tienen su sitio en la pantalla sentimental, pasando por el mundo del psicoanálisis, Freud, Jung, Adler; el conductismo de Skinner o la psicología de la forma (Gestalt), sin olvidar los debates actuales sobre la percepción subliminal desde Roman Gubern en los sesenta a la actualidad de McLuhan o J.A.C. Brown. Del mismo modo autores de la historia de la literatura universal desde la mitología griega hasta hoy, están entreverados en los comentarios lúcidos de M. Padilla al hilo de programas, documentales, reportajes, telediarios y anuncios publicitarios de todo tipo.

Por último, destacar el carácter interdisciplinar de los contenidos estructurados con una coherencia que dan consistencia al argumento básico del libro que es salvaguardar la libertad y la dignidad humana, a este noble fin se articulan las reflexiones sobre el lenguaje y la paradoja de un gran especialista en Unamuno, así como todos los demás aspectos metafísicos, antropológicos, éticos, psicológicos, lógicos –analiza las distintas falacias del lenguaje televisivo- y epistemológicos que convergen en un humanismo de la libertad que ha de luchar contra un nuevo enemigo: el determinismo tecnológico.

Dado que hay un conflicto social entre los grupos de pertenencia de las personas y los grupos de referencia que orientan la sociedad, éstos últimos son los que intentan sistemáticamente utilizar las técnicas de persuasión dirigidas al ámbito irracional y afectivo del psiquismo de los espectadores para dominarnos en función de sus poderosos intereses económicos. Aún reconociendo lo positivo de la televisión, Manolo Padilla nos ha descubierto un horizonte de investigación filosófica que habrá que desarrollar para evitar esta nueva amenaza para la democracia y la libertad.

José María Callejas Berdonés.
Profesor de Filosofía de Instituto. Madrid.

TOMÁS DE AQUINO: *Comentario a las Sentencias de Pedro Lombardo*. Vol. I/1. El misterio de la Trinidad. Edición preparada por Juan Cruz Cruz. Eunsa, Pamplona, 2002. 640 pp.

Eunsa, Ediciones de la Universidad de Navarra, ha acometido la considerable empresa de traducir y presentar al público de habla hispana la formidable obra de santo Tomás de Aquino *Comentario a las Sentencias de Pedro Lombardo* dentro de la Colección de Pensamiento Medieval y Renacentista. La magnitud de la tarea y la altura del propósito no merecen sino elogios. La edición de esta obra, fundamental para el conocimiento de Tomás de Aquino, está preparada por Juan Cruz Cruz, director de la Colección. El texto es, por lo tanto, doble y aun triple, pues con Las Sentencias de Pedro Lombardo y el Comentario de Tomás de Aquino se nos ofrecen también “esquemas del argumento de Pedro Lombardo”, frecuentemente complejo y retórico, para lo cual el editor utiliza las síntesis realizadas por Juan de Santo Tomás en su *Cursus Theologicus*. El lector disfrutará de la compañía de tres mentes privilegiadas, las de Pedro Lombardo, Tomás de Aquino y Juan de santo Tomás.

Este volumen, primero de los tres que tendrá toda la obra, se extiende en 640 páginas y abarca solamente las primeras 21 distinciones del texto lombardiano con los correspondientes comentarios de Tomás de Aquino. La presentación material de la obra y el tipo de letra, de agradable y fácil lectura, se corresponden perfectamente con la importancia de los textos a los que sirven. Preceden al texto 52 páginas de introducción firmadas por el editor. Tienen un título general y propio: “Voluntad de gozo”. Es un título un poco inesperado, pero, naturalmente, está seguido de una explicación y justificación que nos acercan no al método objetivo de la doctrina, ni a las fuentes, ni al contexto histórico, sino a la disposición que debe embargar al hombre cuando quiere adentrarse en el misterio de Dios. Con esta actitud se recoge y se continúa el espíritu de Pedro Lombardo.

Después de abrir paso a esta corriente de espíritu, el editor se embarca en la presentación habitual de los datos históricos sobre Pedro Lombardo y de Tomás de Aquino. Nuevamente el editor introduce una reflexión especulativa con la que se nos explica el nervio de la filosofía tomista según el consabido periplo de salida y retorno desde Dios. Y, después de 17 páginas dedicadas a estos necesarios aunque aislados y enjutos datos, reaparece la corriente espiritual citada en una segunda parte que tiene por título “Tensión y gozo en la voluntad humana”. En el número 4, dentro de esta II parte de la introducción, encontramos algunas indicaciones bibliográficas sobre la presente traducción al castellano. El lugar en que aparecen estas indicaciones, si nos atenemos a la metodología, es un poco inesperado. Las mismas orientaciones son bas-

tante escasas en sí mismas e insuficientes para el lector. También llama la atención la inserción, dentro de la Bibliografía, de una lista de comentaristas importantes de las Sentencias sin que se nos acerquen los títulos de sus obras ni se nos den indicaciones cronológicas que sitúen a obras y autores en su posición temporal respecto a santo Tomás. Estas ayudas podrían orientar al lector en la conocida y espesa urdimbre de influencias intelectuales que caracterizaron a tan dilatada época. La lista de estos invitados mudos está confeccionada por simple y riguroso orden alfabético.

El lector actual hubiera agradecido algunas anotaciones sobre método, fuentes y contexto. Seguramente ese mismo lector, que admira la empresa de traducir tan ingente obra, hubiera agradecido también encontrarse ante una edición bilingüe de los textos. Esto habría otorgado a la presente edición unas características cuasi monumentales, no sólo por el volumen material, sino por la importancia intelectual, por la oportunidad de la aparición de una obra de búsqueda en esta época de crisis de los grandes relatos y por la influencia que de ello seguramente se habría derivado. El editor ha preferido legítimamente presentar sólo la traducción que, ciertamente, fluye en un castellano de fácil y agradable lectura.

Ha utilizado el editor el muy autorizado texto de Pedro Lombardo, publicado por el Colegio de san Buenaventura y revisado por Ignatius C. Brady (1971-81). Para el texto de santo Tomás, el editor se ha servido de la edición de Parma y Vivès, de la edición latina de Mandonnet y de la publicada por los Dominicos de Bolonia. Esta edición debe ser la que se cita después en la bibliografía como *Commento alle Sentenze di Pietro lombardo*, edición en diez volúmenes aparecida en los años 2001-2002. Advierta el lector que en la referencia bibliográfica de la edición de Vivès las cifras de los años han bailado.

El editor reconoce que el texto lombardiano utilizado por Tomás de Aquino “posiblemente incluiría pequeñas interpolaciones, correcciones y abreviaciones” (p.47). Y también reconoce el editor que “solo de vez en vez se introduce entre corchetes, y dentro del texto, una palabra latina o castellana, cuya presencia se justifica por sí misma” (p.47). No tiene, pues, el editor, la intención de presentarnos una edición crítica, respetuosísima tarea de máximo desafío, pero las dos observaciones anteriores arrojan una sombra general sobre toda la traducción, porque estamos, al menos, ante tres textos: el texto autorizado de Pedro Lombardo editado por el Colegio de san Buenaventura, el texto comentado por santo Tomás, que nos escamotea el editor y, por lo tanto, el lector desconoce, y, finalmente, el texto ofrecido por el editor, quien además de añadir alguna “palabra cuya presencia se justifica por sí misma”, también suprime alguna que, naturalmente, estando ausente no puede

justificarse a sí misma. Tomemos al azar un ejemplo bastante sencillo. En la dist.2,q.1.a.5, ad 4, el autor traduce así: “ya que la sabiduría es compatible en el mismo sujeto con la bondad y los demás atributos”. Claro está que la expresión “demás atributos” engloba a la vida dentro de los contextos filosóficos de las obras traducidas. Pero no sabemos si “vida” está en el texto base, está o no está en el texto comentado por Tomás de Aquino, o es una libertad estilística que se ha tomado el editor. Ahora bien, la aparición de la terna “ sabiduría, bondad y vida” es de gran importancia en el Libro de Pedro Lombardo y en la actitud que ante la terna pueda tomar un autor como Tomás de Aquino, ya que esta terna configura la presencia de una de las corrientes del neoplatonismo, entre las cuales navega Tomás de Aquino, y a la que terminará por encauzar dentro de la propia filosofía. Asistimos en este ejemplo sencillo, pero que se multiplica infinidad de veces, a la pugna entre neoplatonismo y aristotelismo y al nacimiento de una filosofía del ser, cuyas pautas y experiencias están marcadas, precisamente, por una filosofía de la vida.

Tomemos otro ejemplo, también sencillo y escueto, de cómo en esos momentos históricos se está realizando un cambio de mentalidad y de filosofía, cuyas mareas han ejercido una influencia muy considerable durante varios siglos. El editor traduce “bonitates” con fidelidad gramatical utilizando la palabra “bondades”, que pudiera tomarse como un plural estilístico del concepto transcendental “bondad”, lo que adelantaría un poco los tiempos de la metafísica tomista. Al no añadir el editor ninguna nota explicativa o aclaratoria, se nos escapa también aquí el espíritu neoplatónico del momento. Afin a esta palabra “bonitates” es otra que en algún texto (I, d.8,q.5,a.2, ad 5) aparece declinada en “nobilitatibus”. El editor traduce así: el alma racional “participa de la nobleza de Dios”. La traducción en singular no es fiel desde el punto de vista gramatical, lo que carece de especial importancia, pero sí es importante que no rinda justicia al pensamiento y que oculte uno de los momentos más tensos de la evolución doctrinal. Difícilmente podrá el lector detectar las corrientes del pensamiento y cómo bajo la extensa superficie del Comentario comienzan a mezclarse y desplazarse las aguas dulces del neoplatonismo y las más crespas y saladas del aristotelismo. En el Comentario aparecen dos mil citas de Aristóteles. Sin embargo en la Suma Teológica no aparecerán más de cuarenta citas de Pedro Lombardo.

Esta insensibilidad a la confluencia de corrientes de pensamiento, en las que Pedro Lombardo y Tomás de Aquino navegan, nos oculta la bonanza del pensamiento lombardiano y el duro periplo iniciado por Tomás de Aquino. Los ejemplos son constantes. No merece la pena reiterarlos ni subrayarlos. Baste indicar que el mismo orden de los miembros de las ternas o tríadas neoplatónicas, presentes de varios modos en

el texto de Las Sentencias, revelan diversos orígenes históricos, distintos significados filosóficos y teológicos y etapas sucesivas en el pensamiento del mismo Tomás de Aquino. Es conveniente llamar la atención sobre estos puntos, pues entre las extensas obras de Tomás de Aquino es en su Comentario donde se percibe mejor la evolución interna y se conocen etapas distintas en la redacción del mismo. En algunas distinciones del libro III, por ejemplo, cristalizarán doctrinas tomistas que no volverá a revisar. Y en el libro II rechaza afirmaciones que han aparecido en el libro I.

El lector crítico, o cuidadoso de beber en las fuentes, ignora si se trata del pensamiento de Pedro Lombardo o del comentario de Santo Tomás o de la interpretación pedagógica y discutible del editor. Hay también expresiones filosóficas que ya están lexicalizadas en el latín de esa época y sin una aclaración o explicación es prácticamente imposible verterlas con transparencia y frescura para saciar la sed más o menos profunda, pero siempre atendible, del lector. No se puede hacer un seguimiento de todos los pasajes en que esto ocurre, ni revisar toda la traducción, ni entrar en valoraciones o señalar todos los resultados equívocos que pueden derivarse. Pero faltando la edición de los restantes volúmenes, sería seguramente útil mejorar de alguna manera esta opción, que continúa siendo legítima y respetable. También podría ser útil, dado el sistema complejo con que se hace referencia a estos textos medievales clásicos, encabezar las páginas con más detalle, sin limitarse solamente a indicar el libro y el número de distinción. Al no encontrar referencia a la cuestión y al artículo, el lector se ve obligado a avanzar y retroceder repetidas veces para encontrar la cita que busca.

Ardua tarea es la presentación de esta obra medieval latina a lectores de lengua castellana en el siglo XXI. Pero se ha conseguido hacerlo con agradable estilo literario, con una impresión gráfica magnífica y con una presentación material digna de sus espléndidos contenidos. Quisiera que estas breves observaciones sirvieran para hacerlos más esplendentes y puedan compensar el meritorio trabajo del editor.

Manuel Sánchez del Bosque

BONETE, Enrique: *Éticas en esbozo. De política, felicidad y muerte*.
Desclée de Brouwer, Bilbao, 2003. 224 pp.

Las publicaciones de Enrique Bonete, profesor de la Universidad de Salamanca, dirigen nuestra atención al mundo complejo y especialmente problemático de la filosofía práctica, donde ideas, intereses e ideales entablan debates que intentan abrir caminos orientadores de la vida huma-

na. ¿Cómo debemos actuar para ser felices? Sin menospreciar los desarrollos aprovechables de las éticas hoy predominantes, tratando de integrarlos, sugieren respuestas personalistas a los problemas éticos que se nos plantean en política, medicina, comunicación, etc. Recordemos los libros *Aranguren: la ética entre la religión y la política* (1989), *Éticas contemporáneas* (1990), *Éticas de la información y deontologías del periodismo* (1995), *La política desde la ética* (1998) y *Ética de la comunicación audiovisual* (1999). En los tres últimos títulos intervienen también otros autores.

La pretensión de este nuevo libro me parece, a la vez, ambiciosa y modesta. Enrique Bonete quiere llegar, más allá del ámbito académico, al mundo concreto de los hombres comprometidos en la política, afectados por las nuevas tecnologías e incapaces, con frecuencia, de asimilar el horizonte enigmático de su muerte. En este sentido se nos muestra ambicioso. Pero no intenta superar la modesta presentación de esbozos: 1) Ética del futuro (Esbozo de un pronóstico); 2) Ética política (Esbozo de una práctica); 3) Ética marxista (Esbozo de una crítica); 4) Ética cristiana y éticas filosóficas (Esbozo de un diálogo); 5) Ética de la felicidad (Esbozo de un contraste); 6) Ética de la muerte (Esbozo de un impacto); y 7) Ética del morir (Esbozo de una disciplina).

Dedica el primer capítulo a pronosticar la ética del futuro a partir de una reflexión sobre los modelos éticos dominantes durante el siglo XX y sus crisis. El futuro más dinámico y prometedor de la reflexión ética lo ve en «los intentos de aplicar a ámbitos de la vida social, actividad profesional e investigación científica, enfoques éticos más o menos desarrollados en la tradición filosófica occidental, con la pretensión de orientar en la resolución de conflictos agudos y tareas complejas que continuamente brotan en las sociedades más avanzadas política y científicamente» (p. 23). Se refiere a lo que se denomina *ética aplicada*. Entre los numerosos conflictos morales de la situación actual, destaca el de los problemas morales suscitados por las investigaciones científicas en torno al origen de la vida humana, por las dificultades que plantea la convivencia con «el otro» (los ciudadanos de diversa cultura, nacionalidad, religión, etc.) y por los acelerados avances tecnológicos en los sistemas de comunicación, tres ámbitos de problemas morales especialmente debatidos en las sociedades desarrolladas.

Los seis capítulos siguientes ofrecen un conjunto de esbozos personales sobre algunos de los temas que más preocupan o interesan en nuestro contexto cultural: ética política, relación de la ética cristiana con las éticas filosóficas, ética de la felicidad, ética de la muerte y del morir. Se trata de una reflexión que avanza frecuentemente en conexión con una lectura crítica de la vertiente moral de los pensadores que le parecen más relevantes en relación con esos temas: Aristóteles, San Agustín,

Kant, Marx, Unamuno, Sartre, Ayer, Zubiri, Rawls, Rorty, Marías... Se detiene especialmente, al final, en la propuesta de una nueva disciplina: la *tánato-ética*. Su objetivo general sería «establecer principios éticos y criterios morales para orientar en las decisiones que se han de tomar en torno al que está próximo a morir por parte de los profesionales sanitarios, la familia, e incluso el propio enfermo» (p. 197). Le correspondería también «reflexionar, apoyándose en la historia del pensamiento occidental, sobre el significado ético de la realidad mortal del hombre» (p. 197).

En España se ha desplegado durante las últimas décadas un amplio abanico de perspectivas éticas, que van desde un kantismo renovado hasta un pragmatismo epicúreo. Los nombres de Adela Cortina, Victoria Camps, Esperanza Guisán, Javier Muguerza, Carlos Díaz, Fernando Savater, Javier Sádaba y Augusto Hortal, entre otros muchos, representan modelos muy distintos y, a veces, incompatibles de hacer ética. La perspectiva de Enrique Bonete podría ser descrita como una ética personalista de la responsabilidad, volcada hacia las tareas urgentes de la ética aplicada.

Pero en la ética aplicada, si se la desvincula de una lúcida reflexión antropológica y metafísica, acecha siempre el peligro de un pragmatismo miope. No es el caso de Enrique Bonete, cuya raigambre personalista de inspiración cristiana alienta en todos sus escritos. Sin embargo, vendría bien que explicitara algo más, de modo sistemático, los principios últimos que inspiran su ética. Conviene evitar la apariencia de que los fundamentos y los ideales quedan aplastados bajo el peso de los intereses inmediatos.

Ildefonso Murillo

PORFIRIO: *Isagoge*. Texto griego establecido por Adolf Busse. *Translatio Boethii* fijada por Minio-Paluello. Introducción, traducción, notas, apéndices y bibliografía de Juan José García Norro y Rogelio Rovira). Anthropos, Madrid, 2003.

El interesado en obras que son fuentes del pensamiento (filosofía y ciencia) no debe perder de vista la editorial *Anthropos*, que en su colección "Textos y documentos. Clásicos del pensamiento y de las ciencias", se ha propuesto la tarea de publicar ediciones bilingües críticas y anotadas de textos clásicos no editados en castellano o que necesitan ser reeditados. En nuestra área lingüística nos encontramos, ciertamente, con esta laguna, cubierta en otros ámbitos de lenguas modernas por las, en general, magníficas ediciones Loeb, Les Belles Lettres y F. Meiner. Es preciso trabajar desde diversos frentes para colmar este vacío.

Juan José García Norro y Rogelio Rovira, profesores de Filosofía en la Universidad Complutense de Madrid, nos ofrecen en esta ocasión la edición trilingüe de la *Isagoge* de Porfirio. Teníamos necesidad de una edición tan cuidada y de una traducción que siguiera criterios ampliamente compartidos por quienes se dedican a este ministerio. Curiosamente, después de tanto tiempo necesitándola, ahora nos encontramos con dos ediciones (Véase ARISTÓTELES: *Categorías. De Interpretatione*. PORFIRIO: *Isagoge* (introd., trad. y notas de Alfonso García Suárez, Luis M. Valdés Villanueva y Julián Velarde Lombrana), Tecnos, Madrid 1999). La que estamos comentando se beneficia de ser edición trilingüe al incorporar la *translatio Boethii*. Se convierte así en edición con valor filológico indiscutible.

Las observaciones anteriores nos ponen en la pista del principal acierto de la presente edición: se trata de un excelente instrumento de trabajo. En efecto, el núcleo de la publicación lo constituye, sin duda, el original griego. Los demás elementos integrantes pueden considerarse, a nuestro juicio, como herramientas de trabajo. La primera y principal, la *translatio Boethii*, nos permite dialogar con el texto griego en el intento de desentrañar todas las riquezas que encierran sus términos y expresiones. La misma traducción castellana es también un instrumento que trabaja en la misma dirección permitiéndonos incorporar a nuestra lengua los temas abordados por Porfirio perdiendo los menos matices posibles. Resulta, además, fácil verificar *en directo* la adecuación de traducciones latinas de términos y expresiones griegas que han tenido gran repercusión en la historia del pensamiento. He aquí una muestra del valor filológico, antes aludido, y filosófico de esta obra.

El resto de elementos contribuyen a estos propósitos, cada uno según su propia naturaleza. Disponemos, en primer lugar, de una introducción que sitúa la *Isagoge* en el proyecto intelectual de un Porfirio con ideas propias, que dista mucho de ser un simple discípulo de Plotino o un mero intérprete de Aristóteles. A juicio de los autores, el escrito que nos ocupa no es casual: "Representa, por el contrario, un elemento esencial en el pensamiento de su autor" (p. XVI). A continuación los autores encuadran dos temas claves de la obra porfiriana. La *teoría de los predicables* está expuesta con gran maestría. De la *cuestión de los universales* señalan, en cambio, sólo su amplio alcance ontológico. Porfirio mismo justifica que los editores lo hagan así en este segundo caso. Él mismo se abstuvo de ofrecer en esta obra una respuesta a esta complejísima cuestión (véase *Isagoge*, I, 2).

El siguiente útil que nos ofrecen es una bibliografía básica de referencia que todo estudioso ha de tener presente al acercarse a la *Isagoge*: ediciones del texto griego, del latino; comentarios griegos, siríacos, árabes y latinos; traducciones a lenguas modernas y una selección de los

mejores estudios que han manejado los autores. He aquí, a nuestra disposición, una mina de abundante literatura interpretativa que orientará las lecturas del investigador.

La división en capítulos (números romanos) y párrafos (arábigos) es otro acierto que nos facilita la labor de citar y encontrar referencias.

Contamos, además, con doce notas a la traducción latina que recogen las principales discrepancias con la edición de Migne. La traducción castellana está también anotada. Obedecen a diversos criterios, como no puede ser de otro modo en una edición de estas características. Ha de agradecerse a los autores que nos regalen aclaraciones a pasajes oscuros con las palabras de los más célebres comentaristas de todas las épocas.

De los tres apéndices que cierran este pequeño volumen son especialmente útiles el primero y el tercero. (El segundo recoge dos breves textos de Séneca y Plotino que pueden considerarse antecedentes del "árbol de Porfirio"). En el primer apéndice los autores han reunido los principales pasajes de las obras aristotélicas donde se abordan las nociones de cada uno de los predicables, sus relaciones recíprocas y algunas importantes observaciones aristotélicas sobre los mismos. Sugieren los editores que Porfirio muy bien podría haberlos tenido a la vista al redactar su obra. Desde luego a nosotros nos ayudarán a comprobar la adecuación de la interpretación porfiriana. El tercero es un glosario de los principales términos que comparecen en esta obra. Es un apéndice muy válido para ganar en precisión terminológica.

De todas estas herramientas podrán sacar máximo fruto tanto profesores como alumnos universitarios y más si trabajan en común. De la simple enumeración de las mismas se colige que esta obra constituye un magnífico instrumento docente que puede colocarse, por ejemplo, como pieza clave de un curso universitario. La riqueza temática de la obra está fuera de toda duda. Por su repercusión en los medievales ha marcado la historia de nuestra tradición filosófica. Además de esta perspectiva, la obra nos da pie al estudio de temas de lógica (predicables) y de metafísica (universales) íntimamente relacionados, sin descontar, por supuesto, el intento de comprensión de la lógica aristotélica (tanto la de *Analíticos*, como la de *Tópicos*). Para la exploración de todos estos temas y para otros, los complementos con que viene adornada esta edición son útiles de excelente calidad. Han tenido tino los editores en ofrecernos la caña para pescar.

Jesús Manuel Conderana Cerrillo